

EL ESPEJO DE TINTA •

ISABEL TRAYER NAVARRETE
Teruel, 1996



Licenciada en Periodismo por la Universidad de Valencia. Escribo en Diario de Teruel y Sportaragon.

Terroir

Las últimas prendas descansaban planchadas y dobladas cuidadosamente sobre la cómoda de mi habitación, listas para ser empaquetadas. Una semana después de haber tomado la decisión más importante de mi vida, todavía seguía tratando de asimilarlo.

Nicolás había llegado más cansado de lo habitual. El campo siempre le dejaba exhausto, pero aquella noche estaba ausente, apagado. Durante la cena contó que había tenido un percance con la hoz y nos mostró un feo corte junto a la espinilla. No tenía buen aspecto y Padre propuso avisar al médico para que le echara un vistazo, pero Nicolás aseguró que solo necesitaba descansar y que con limpiar el corte sería suficiente.

Sin embargo, aquella madrugada se había levantado bañado en sudor frío y con fuertes dolores de cabeza. Al día siguiente Don Manuel acudió a casa temprano y solo le hizo falta echar un vistazo a la herida para dar su diagnóstico.

-Hay que limpiar eso a conciencia para evitar males mayores, trataré de conseguir medicamentos para la infección, pero no creas que vas a ponerte a correr de la noche a la mañana, chico.

-¿Qué quiere decir? No puede tardar mucho en curarse, es solo un corte”, había dicho Nico.

-Puede ponerse muy feo y no quiero que corras riesgos.

-Pero doctor, la semana que viene me marcho a la vendimia, ¡A Francia!

Y así es cómo había empezado todo, como al día siguiente y viendo el estado de mi hermano, comencé a darle vueltas a una descabellada idea.

-Madre y si fuera yo a la vendimia en lugar del hermano Nicolás, le dije una vez que nos quedamos las dos a solas.

Como cabía esperar, ella puso el grito en el cielo ante semejante propuesta, pero sabía tan bien como yo que la familia necesitaba ese dinero.

Padre había trabajado desde muy joven como albañil y gracias al dinero que entraba regularmente en casa y a unos cuantos ahorros, llevábamos una vida sencilla, sin grandes comodidades, pero sin pasar desasosigos para poner un plato de comida sobre la mesa.

Un año después de que estallase la guerra, se vio obligado a engrosar las filas del ejército, pero su oficio y su edad -más avanzada que la de otros- le sirvieron para hacerse con un puesto en la retaguardia, construyendo trincheras. Cuando por fin pudo volver a casa solo



PEDRO BLESJA JARQUE. Nacido en Escucha, es cámara de Aragón TV y fotógrafo de afición. Miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense (SFT). Enamorado de la Luna, las estrellas y las brujas. Y de la provincia de Teruel un paraíso para hacer fotos, de todo tipo pero sobre todo nocturnas, que son sus favoritas.

encontró miseria y pobreza y el recelo de algunos vecinos que de la noche a la mañana dejaron de contar con sus servicios.

-La gente ha perdido definitivamente la cabeza...Pues no me dice José que a partir de ahora los trabajos se los va a hacer Pedro, que le sale más barato. ¡Cuando hace unos años lo puso de vuelta y media por una chapuza que le había hecho en las vigas de casa! Se había quejado en una ocasión.

A fuerza de insistir, conseguí convencer a Madre para que me dejase contarle mi propuesta, así que una tarde, cuando Padre volvió a casa, le pedí que se sentara un momento conmigo. Terminé de relatarle mi descabellada idea y me quede callada, esperando oír su voz profunda y alterada prohibiéndome volver a mencionarlo siquiera. Pero no fue así. Vi como Padre se echaba las manos a la cabeza, sentado como estaba en la mesa del humilde comedor de nuestra casa y solo después de un largo silencio levantó la vista. Con los ojos llenos de lágrimas dijo:

“Prométeme que tendrás mucho cuidado”. Asentí incrédula y no puede evitar pensar que Madre ya había hablado con él sobre el tema.

Así que allí estaba yo, un día antes de marchar a Francia con algunos amigos de mi hermano y otros chicos del pueblo, preparando la escasa bolsa que llevaría conmigo en la travesía. El plan era partir por la mañana temprano a Teruel en un largo viaje a pie de seis horas. Allí cogeríamos el tren y dejando Zaragoza atrás pasaríamos a Huesca y después a la estación de Canfranc, la última antes de saltar al país vecino. Desde allí, otro tren nos acercaría a la Región de Languedoc Roussillon, a Perpiñán concretamente, y el resto de trayecto hasta Port Vendres lo haríamos en carros tirados por mulas.

En los días previos a mi marcha me aseguré de que Nicolás evolucionaba bien. El doctor había conseguido las medicinas necesarias para evitar que la infección fuera a más y a la semana de su primera visita ya no quedaba

ni rastro de las altas fiebres que le impedían dormir por las noches y lo atormentaban con pesadillas. No obstante, seguía muy cansado y débil.

-Aún no me creo que vayas a Francia en mi lugar.

-Yo tampoco, respondí.

Estuvimos un buen rato charlando y aproveché para confesarle que me moría de miedo, ¿Cómo no iba a hacerlo? Tenía solo 16 años, era la primera vez que salía de mi pueblo, tendría que buscarme la vida yo sola y todo eso muy lejos de mi familia. Nicolás intentó animarme contándome historias que sus amigos y él habían oído sobre la vida allí en Francia.

Era la primera vez que alguien del pueblo iba a vendimiar al país galo, así que cualquier reseña que pudiera dar pistas de cómo iba a ser nuestra experiencia llegaba, como poco, desde pueblos vecinos. No sé cuántas de ellas serían verdad, cuantas estarían tergiversadas por el boca a boca y cuantas serían una sarta de mentiras para atraer a

jóvenes trabajadores desesperados por cuatro pesetas, o francos en este caso.

Me despedí de Nico aquella noche. No quería molestarle de madrugada, cuando partiéramos hacia Teruel. Me fui a la cama sabiendo que no podría pegar ojo y cuando el reloj dio las 5:00 ya tenía todo listo para bajar a la plaza del pueblo, de donde partía la expedición.

Padre y Madre me despidieron con lágrimas en los ojos, yo traté de mostrarme fuerte. Les dije que estaría bien, que mantendríamos el contacto por correspondencia y que no se preocupasen. Pero en cuanto me di media vuelta para unirme al grupo, la primera lágrima ya corría por mi mejilla.

Aquel día dejé atrás muchas más cosas de las que entonces pude imaginar, pero eso no lo sabría hasta tiempo después, cuando una mano salvadora me rescató de aquel infierno en el que se habían convertido mis días, y sobre todo mis noches, a 600 kilómetros de casa y rodeada de viñedos.